

Sereno moreno

Padre Alejandro Cortés González-Báez

Don Humberto G. Tamayo en su entrañable "Programa de un sólo hombre" solía repetir: "Es la escuela de la vida la escuela más eficaz, pues el que no sabe aprende, y el que sabe aprende más".

Pues en esa escuela de la vida descubrimos que no siempre lo más novedoso es lo más valioso. Gracias a grandes pensadores, antepasados nuestros, podemos aprender a vivir con más sabiduría. Las ciencias y las técnicas que avanzan cada día a más velocidad, no necesariamente nos ayudan a ser mejores seres humanos, aunque nos faciliten las formas de viajar y comunicarnos. Así pues, las opiniones de un imbécil usando el teléfono celular más moderno y poderoso seguirán siendo eso. El aparato no añade sabiduría a lo que se dice usándolo.

En base a este principio, y siguiendo un texto de San Doroteo abad (Siglo VII D.C.) podemos aprender que: Alguien pudiera preguntar: ¿Por qué debo acusarme? si, estando sentado con toda paz y tranquilidad, viene un hermano y me molesta con alguna palabra ofensiva, y sintiéndome incapaz de aguantarla, creo que tengo razón en enojarme; porque, si éste no hubiese venido a molestarme, yo no hubiera pecado.

Este modo de pensar —sigue diciendo San Doroteo— es, en verdad, carente de razón. En efecto, no es que al decirle aquel insulto haya puesto en el otro la pasión de la ira, sino que más bien puso al descubierto el defecto que se hallaba dentro de él; así pues, esta sería una buena oportunidad para aceptar y luchar contra ese vicio. El ofendido sería comparable a un grano de trigo limpio y brillante que, al ser roto, pone al descubierto la suciedad que tenía dentro.

Así también el que está sentado en paz y tranquilidad, puede esconder, sin embargo, en su interior una pasión que él no ve. Si viene alguien y le dice alguna palabra molesta y, al momento, aquél echa fuera todo el pus y la suciedad escondidos en su interior. Por lo cual, si quiere alcanzar misericordia, procure perfeccionarse, y verá que, más que atribuirle una injuria, lo que tenía que haber hecho era dar gracias a aquel otro, ya que ha sido motivo de tan gran provecho. Y, en lo sucesivo, estas pruebas no le causarán tanta aflicción, sino que, cuanto más se

vaya perfeccionando, más leves le parecerán. Pues el alma, cuanto más avanza en la perfección, tanto más fuerte y valerosa se vuelve en orden a soportar las penalidades que le puedan sobrevenir.

No cabe duda que hoy en día esta forma de pensar pueda resultar obsoleta y casi absurda, pero quizás se deba a que nos hemos ido acostumbrando a reaccionar con gran violencia — defendiendo la justicia— cuando somos nosotros los ofendidos.

La experiencia nos demuestra que nos tratamos con mucha tolerancia cuando afloran nuestros defectos, y solemos ser más duros e, incluso crueles, cuando descubrimos los errores en los demás. Proponerse ser mejores exige esfuerzo, pero nuestro orgullo y nuestra comodidad nos lo impiden.

www.padrealejandro.com